

—¿Para qué era entonces? exclamé á mi vez interrumpiendo al cochero.

—Para casarse con la señorita María y reconocer á su hijo, respondió Cantillon.

—¿Hizo eso?

—Sí, señor. Despues me dijo: Cantillon, nos vamos á viajar; quisiera que te quedases á mi servicio, pero ya comprendes que no puede ser. Hé aquí mil francos; te regalo el cabriolé y el caballo: dedícate á lo que quieras, y si algun día tienes necesidad de algo acude á mí antes que á nadie.

Como tenia lo principal para establecerme, me metí á cochero.

Hé aquí mi historia, mi amo ¿á dónde quereis que os lleve?

—A mi casa; acabaré mis visitas otro dia.

Volví á casa, y escribí la historia de Cantillon tal como me la habia contado.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN DRAMA NEGRO

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. RAMON ORTEGA Y FRIAS

CAPITULO PRIMERO.

EL CURA, EL AMA Y EL SACRISTAN.

Estaba la noche fria, pero despejado el horizonte, brillando las estrellas y dejando ver la luna su faz nacarada.

Las doce acababan de dar.

Los pacíficos habitantes de la aldea dormian profundamente, y el silencio era absoluto por todas partes.

Sobre los humildes edificios de la población destacábase la iglesia con su campanario de puntiaguda techumbre, proyectando una gran sombra que oscurecía casi la mitad de la plaza.

El templo, obra modesta de ladrillo, presentaba en sus paredes mas de una grieta y un desconchado.

Mirando desde la plaza, no se veía mas que una fachada principal con la puerta de hojas de roble, y su único adorno consistía en grandes clavos enmohecidos por el tiempo y la humedad; pero entrando en la estrecha calle que estaba á la izquierda del templo, veíase el extremo posterior de éste y como un pegadizo con que el arquitecto no había contado, otro cuerpo de edificio de construcción menos sólida, de poca elevación, con una pequeña puerta y algunas ventanas con rejas de hierro, y mas allá, y como si hubiese querido que fuese completa la irregularidad del conjunto, una tapia de piedra y barro medio derruida en algunos sitios y coronada de ramaje espinoso que hacía difícil un escalamiento.

Este pequeño edificio pegado al otro, era la morada del cura y también del sacristán, que necesariamente había de vivir allí por si á media noche acudían por los auxilios espirituales para algun moribundo.

Los que tenían necesidad de hacerlo así, llamaban á la puertecilla de que hemos hablado y cerca de la que tenía el sacristán su dormitorio.

El cura era un buen hombre en toda la extensión de la palabra, pues aunque dejaba mucho que desear en cuanto á su inteligencia y á su carácter, tenía un fondo de honradez que por desgracia no es muy comun.

Era el buen sacerdote apegado á todo lo añejo, y con la

mayor buena fé, defendía calorosamente muchas preocupaciones aceptadas por su candidez.

Vivía como viven muchos, sin conciencia apenas de la misión de la criatura, dejando que el tiempo pasase borrando los recuerdos, aceptando con tranquilidad lo presente y sin preocuparse de lo porvenir.

Había aprendido de memoria unos cuantos sermones que acomodaba segun el caso requeria, y con esto, con leer casi medianamente el latin, saber el catecismo de memoria y mostrarse muy severo cuando se trataba de ciertos pecados, creía sinceramente que había hecho todo cuanto en el mundo tenía que hacer.

Un hombre como este ha de ser feliz, y lo era como ninguna criatura.

Levantábase muy temprano, decía misa, almorzaba, visitaba á sus amigos, comía, dormía la siesta, jugaba á los naipes por entretenimiento, y durante la noche se entregaba despues de cenar á un sueño profundo y reparador.

Costaba mucho trabajo hacerle despertar si algun moribundo necesitaba sus auxilios á media noche.

Tenía una criada, ama de gobierno ó como quiera llamarsele, que hacía veinte años lo servía y que por su fealdad no era posible que infundiese cierta clase de sospechas.

Debemos ser justos y declarar que el honrado sacerdote era enemigo de los escándalos.

El ama de gobierno, ó lo que es igual, la señora Juana, tenía cincuenta años; era de formas parecidas á la de una tinaja, gozaba de perfecta salud y se había acostumbrado á sentir, pensar y hablar como su respetable señor.

La señora Juana consumía la existencia ocupada en los quehaceres domésticos, unas veces guisando, otras remen-

dando la ropa del señor cura, y ocupando algunas horas en dar de comer á las gallinas y el cerdo, que á su antojo vagaban en el corral de cuyas tapias hemos hecho mencion.



Si el señor cura era un buen hombre, la señora Juana era una buena mujer bajo cualquier punto de vista que se la juzgase.

Despues de estos dos personajes tenemos al sacristan, que en nada se parecia al sacerdote ni al ama de gobierno, pues era flaco, de color cetrino, de pequeños, redondos y hundidos ojos, que brillaban en el fondo de sus órbitas como dos luces en el interior de una caverna.

La mirada del sacristan era sombría, inquieta, recelosa, una mirada que debia significar mucho; pero que solo tres personas sabian lo que significaba.

Para los que han leído *La Cruz de la Ermita*, el sacristan no es desconocido; sin embargo, lo daremos á conocer á

su tiempo, y ahora diremos que se llamaba Braulio, que habia sido dueño en su juventud de una regular fortuna, que habia estudiado teología en un seminario; que quiso despues ser abogado, y que no llegó mas que á sacristan, despues de



haber perdido todos sus bienes, sin que sobre este punto conociesen la verdad mas que las tres personas que segun hemos dicho sabian tambien lo que significaba la mirada sombría y casi siniestra del sacristan.

No habia motivo alguno para acusarlo, pues su vida era un modelo de honradez, y aun habia llegado á adquirir cierta celebridad, porque mas de una vez habia demostrado tener mucho mas talento y entender mas de teología que el buen sacerdote.

Un año habia trascurrido desde que Braulio volvió á su aldea en el estado mas lastimoso y tuvo que aceptar la sacristía.

El empleo no era muy lucrativo; pero Braulio acomodaba sus necesidades á sus recursos, cubria sus primeras necesidades y decia que era dichoso.

El cura había llegado á depositar la mas ciega confianza en Braulio, y el ama de gobierno, mas que confianza, allá para sus adentros había hecho objeto de sus esperanzas al sombrío sacristan.

Las esperanzas de la sirvienta no reconocian otro fundamento que el haber oido que alguna vez Braulio le decia:

—Señora Juana, mentira parece, pero es muy verdad que conserva usted toda la frescura de la juventud, y como ademas es usted un tesoro de virtudes, debe considerarse excesivamente dichoso el hombre que consiga hacerse dueño de su corazon y de su mano.

Cuando esto oia la sirvienta, sonreia y miraba al suelo como avergonzada, diciendo con tono de fingida turbacion:

—¡Jesus!..... Dice usted unas cosas, señor Braulio, que la hacen á uno estremecer. Ya se conoce que ha estado usted en la corte y allí aprendió esas palabras.

—No soy adulator, replicaba el sacristan, ni mi estado casi religioso, me permite ser galante; pero la verdad puede decirse en voz alta.

El ama de gobierno quedaba confusa y sentia que el corazon le brincaba dentro del pecho.

Suspiraba ruidosamente, iba al aposento de su respetable señor, y se tomaba la libertad de contemplar su figura en el único espejo que en la casa habia.

Si estaba algo desordenada su cabellera gris, la arreglaba cuidadosamente, apoyaba las manos en las caderas, movíase de un lado á otro como si perdiese el equilibrio y murmuraba:

—Tengo cincuenta años, es verdad; pero ¿qué importa si apenas represento treinta? Braulio es un buen muchacho y tiene mucho talento. Es algo mas jóven que yo; pero el amor iguala las edades. Lo que siento, nadie mejor que yo puede

decirlo, y es la verdad que mi corazon palpita con los grandes impulsos de mi primera juventud.

Hemos dicho antes que la señora Juana hablaba lo mismo que el señor cura, y por consiguiente no debe sorprendernos que su lenguaje tuviese algo de culto, sobre todo en ocasiones en que su espíritu se sublimaba, pues sabemos ya que el sentimiento iguala las inteligencias.

La señora Juana había conseguido hacer algunos ahorros, y esto le parecia y era en efecto un atractivo mas para que Braulio cayese en las redes que le tendia Cupido.

Hablamos seriamente, lector, porque ser rechoncha, colorada y ama de cura, no tiene nada que ver con ciertas fibras del corazon.

El corazon de una mujer como la señora Juana debe ser igual, segun la ciencia y segun la naturaleza, al de la jóven que mas presume de sensible.

No debemos ahora dar á conocer á otros vecinos de la aldea, tipos opuestos del sacristan y la sirvienta y que tienen reservado en esta negra historia un importante papel; pero el lector los conocerá pronto, y los que han leído *La Cruz de la Ermita* deben suponer que nos referimos á la bellísima María y al noble Andrés.

Ya hemos dicho que habían dado las doce, que la atmósfera estaba fria y que brillaba la luna en un horizonte purísimo.

Tambien hemos asegurado que dormian profundamente todos los habitantes de la aldea, y así era la verdad por mas que dos personas estuviesen despiertas y recorriesen algunas calles.

Fué el silencio interrumpido repentinamente por el graznido de las lechuzas que anidaban en la torre del templo.

A los pocos minutos resonaron algunos golpes descargados sobre la puertecilla de la vivienda del cura y el sacristan.

No tenia este el sueño tan pesado como su señor, sino que por el contrario, despertaba muy fácilmente y podia pasarse sin dormir mas de una noche.

Abrió los ojos Braulio y se los restregó mientras decia:

—¿Me habré equivocado?

Bien pronto salió de dudas, porque volvieron á llamar.

El sacristan, mientras saltaba del lecho y encendia la luz, añadió:

—¿Será cosa de que se muera la señora Pancracia? No hay otro enfermo en la aldea, y aunque hoy se habia puesto peor, no parecia cosa de mucho cuidado.

Púsose apresuradamente alguna ropa, acabando de cubrir sus huesos con la sotana.

Tomó la palmatoria, salió del aposento, atravesó un pasillo y se acercó á una puerta al mismo tiempo que por la tercera vez volvian á llamar.

—Allá voy, dijo el sacristan en tanto que daba vuelta á la llave.

Y sin cuidarse de averiguar quién era abrió.

Creia encontrarse con una de las personas que conocia, con uno de los honrados vecinos de la aldea, pero se equivocó, pues era una mujer envuelta en un ancho y largo abrigo con capucha que le cubria la cabeza y casi todo el rostro.

El abrigo era negro, y de un color muy oscuro la parte de vestido que se descubria.

Por entre la capucha podian distinguirse dos magníficos ojos de pupila ardiente, de mirada penetrante.

Braulio, en extremo sorprendido, retrocedió un paso y levantó la luz á la altura de su cabeza.

La mujer que se le habia presentado, mas que una criatura parecia un fantasma.

Por algunos momentos permaneció inmóvil en el dintel de la puertecilla.

—¿Quién es? preguntó al fin el sacristan.

La del negro abrigo, sin articular una sílaba, adelantó, volvióse y cerró la puerta.

Braulio era excesivamente cobarde, y si no lanzó un grito para pedir socorro, fué porque su mismo miedo ahogó la voz en su garganta.

CAPITULO II.

UNA VISITA.

De mortal angustia fueron aquellos momentos para el sacristan.

Empero bien pronto salió de dudas.

La fantástica mujer miró á su alrededor, y convencida de que no habia por allí otra persona que Braulio, dijo:

—Llego oportunamente.

Y dejó caer sobre la espalda la capucha de su negro abrigo.

Abriéronse los ojos del sacristan como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Su rostro se desfiguró y se tornó lívido.

Sus miembros temblaron convulsivamente.

—¡Ah! exclamó con voz ahogada.

Y quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

La mujer del negro ropon era una jóyen que no tendria mas de veinticinco años, pero en cuyo rostro se veian las

huellas inequívocas que dejan los excesos de una vida borrascosa, las pasiones, la degradación en fin.

Rubios, finísimos y brillantes cabellos coronaban su frente pálida.

Sus ojos eran de un azul purísimo.

Sus delgados labios se entreabrieron para sonreír, dejando ver una dentadura admirablemente blanca.

—¿Aun no me conoces? dijo con acento burlón.

—¡Pepal murmuró con voz sorda el sacristán.

—Yo te hubiera reconocido entre mil á pesar de tu sotana raída que te hace tan feo, mucho mas feo de lo que siempre has sido..... ¿Qué te sucede?..... Parece que estás aturdido..... ¿No esperabas verme?..... Pues la experiencia debe haberte enseñado que las cosas suceden cuando menos se esperan. Hace un año que nos separamos y no me he olvidado un momento de tí. Te hago la justicia de creer que tú tampoco me has olvidado. Hemos sido buenos amigos y lo seremos mas.

Tan aturdido estaba Braulio que no acertó á pronunciar una palabra.

La joven prosiguió diciendo:

—Mi conciencia es escrupulosa y vengo á pagar la deuda que contigo tengo. Si otra cosa has creído has sido injusto.

—¡Oh!

—Hace frío, aquí estamos mal, y como tenemos que ocuparnos de un asunto de muchísimo interés, debes llevarme á tu aposento.

El sacristán fijó en Pepa una mirada de odio profundo.

Ella soltó una carcajada burlona.

—Tienes mucho entendimiento, dijo, pero hay ocasiones que te vuelves estúpido. Reflexiona y te convencerás de que

no tienes motivo para quejarte de mí, pues de nosotros dos, yo fuí la primera ofendida y herida.

—¿Qué quieres? preguntó Braulio al fin.

—Es preciso que hablemos, y así te conviene.

—Vete, Pepa, vete, porque no respondo de lo que haré.

—¿Qué has de hacer mas que escucharme? No tienes valor para entablar conmigo una lucha y debes comprender que todo lo he previsto y todo lo he combinado y no estoy tan sola ni tan indefensa como parece. Además, repito que te conviene escucharme. Nuestras antiguas cuentas quedaron arregladas y ahora podemos principiarlas nuevamente, procediendo todos con mas acierto, porque tenemos las lecciones de la experiencia. Tú estás arruinado y yo tambien, y no me parece que te hayas resignado á pasar la vida siendo un pobre sacristán y viendo que entretanto tu amigo Andrés es el hombre mas feliz del mundo, porque aumenta su fortuna y tiene una mujer que lo adora.

Estas últimas palabras produjeron en el sacristán un efecto inexplicable.

Dos centellas se escaparon de sus pequeños ojos.

—¡Andrés! murmuró con voz sorda. ¡Andrés, mi rival!...

—Y en cuanto á María.....

—No la nombres, no la nombres, interrumpió vivamente el sacristán.

Y fijó en Pepa una mirada penetrante y terrible.

—Pues precisamente para ocuparme de María he venido.

—¡Para ocuparte de María!.....

—Eso es.

—Calla, calla.....

—Mi querido Braulio, perdemos el tiempo lastimosamente.

Era cada momento mas violenta la agitacion del sacristan. Respiraba muy trabajosamente y su rostro continuaba lívido y desfigurado.

Grandes esfuerzos hacia para recobrar la calma; pero no era fácil que en algunos minutos consiguiera dominar su profundo trastorno.

La presencia de la bellissima rubia habia despertado en él recuerdos de una historia demasiado horrible.

Todos los ruines sentimientos del alma de Braulio reveláronse en su rostro.

En aquellos momentos no era un hombre temible, porque estaba trastornado; pero cuando recobrase la tranquilidad seria lo que siempre habia sido, el miserable sin conciencia, sin ningun instinto noble, y doblemente peligroso, porque era demasiado suspicaz y astuto, y porque tenia sobrada habilidad para fingir y engañar al mundo como siempre lo habia engañado.

Desde que oyó pronunciar el nombre de María no vaciló.

Si Pepa se habia burlado de él y lo habia arruinado, podia ser entonces un poderoso auxiliar.

Los miserables como ellos pueden lo mismo ser enemigos encarnizados que aliados los mas leales.

Braulio tenia absoluta necesidad de satisfacer su pasion y su sed de venganza, y por conseguir esto habria sacrificado sin vacilar la vida.

—Ven, dijo.

Y asió por una mano á Pepa.

Entraron en la habitacion del sacristan, que se componia de dos pequeños departamentos.

Allí se quitó la jóven su abrigo y se sentó.

—Supongo, dijo, que nadie puede escucharnos.

—Descuida.

—Antes de venir á verte he tomado los informes que necesito, y por consiguiente no te deben sorprender mis palabras.

—¿Pero con qué fin has venido?

—Voy á decírtelo con toda claridad, aunque es bastante que sepas que estoy arruinada.

—Me robaste.....

—La culpa fué tuya.

—Me abandonaste precisamente cuando mi corazon.....

—Era siempre de María, y como yo no queria representar un mal papel, adopté una resolucion; pero eso hay que olvidarlo.

—Ahora podrás desquitarte, á menos que te lo estorbe la cobardía que siempre te ha perdido.

—Veremos, veremos.

—He corrido medio mundo con Manolo, y el diablo se llevó el dinero que constituia tu fortuna.

Exhaló Braulio un penoso suspiro.

—No te aflijas, que el dinero anda siempre rodando por el mundo, y con la misma facilidad que se va, vuelve.

—Para el que no tiene conciencia.....

—Que es precisamente lo que te pasa á tí.

—Pepa.....

—El dinero se nos acabó cuando nos encontrábamos en Sevilla, y precisamente entonces nos hablaron de un buen negocio que podia realizarse en un cortijo á poca distancia de aquí.

—Todo lo adivino, porque no ignoro que hace tres dias intentaron asesinar y robar á don Pedro de Velasco.

—No te equivocas.

—¡Y vosotros, miserables!.....

—No pudimos dar el golpe con acierto, nos dispersamos y la guardia civil nos persigue. No me he separado de Manolo y nos hemos salvado por casualidad; pero nos estrechan mas cada vez, y acabarán por echarnos el grante si tú no quieres ser nuestro amigo.

—¡Yol!.....

—Eso he dicho, mi querido Braulio.

—¿Acaso has creído?.....

—Ya conoces mi situación, prosiguió diciendo la jóven con mayor tranquilidad, y como yo tambien conozco la tuya no es menester que nos tomemos el trabajo de entrar en mas explicaciones. Tú deseas dos cosas sin las que no puedes vivir, y yo necesito escapar de manos de la justicia y reunir algun dinero. Cuento con Manolo á quien ya conoces; te ofrezco mi ayuda, y espero que tu harás lo mismo con nosotros.

Braulio fijó una mirada escudriñadora en Pepa.

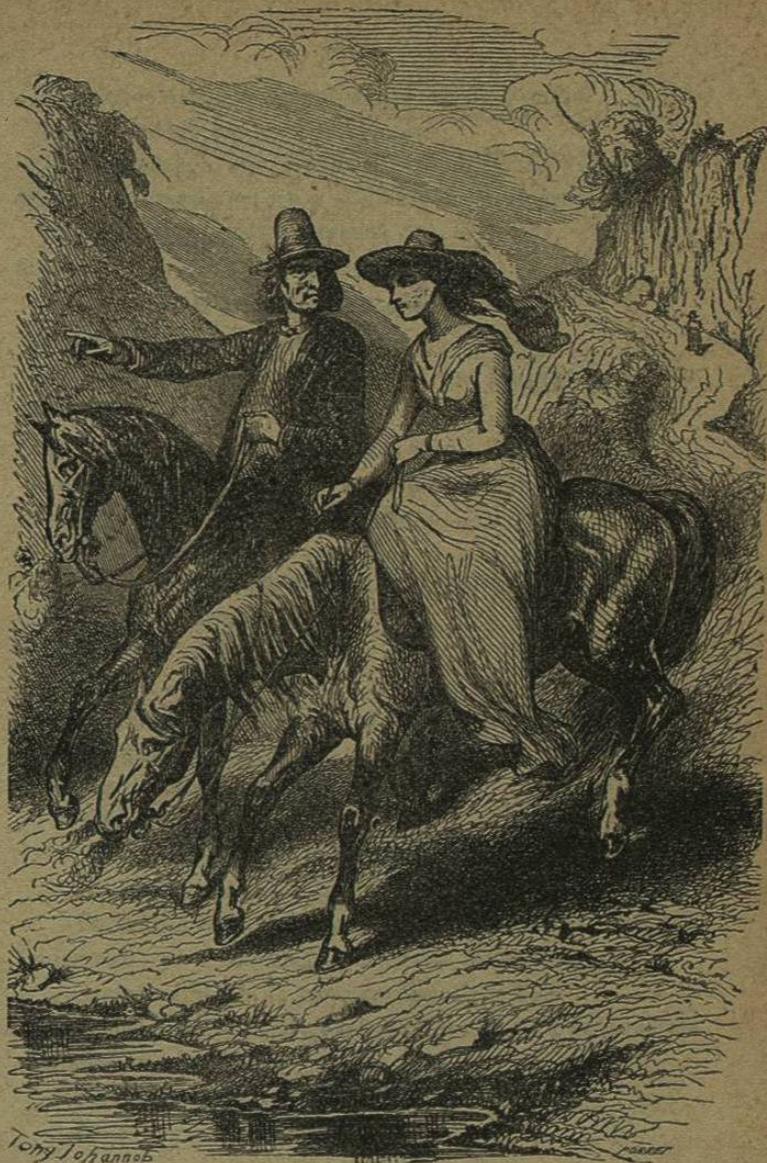
—Por desgracia, añadió, ahora no puedo engañarte, sino que tú eres el que tiene medios de abusar de tu ventajosa situación; pero no abusarás, porque seria lo mismo que renunciar para siempre á tu venganza y á tu amor.

—¡Mi venganza!.....

—Debes estar convencido de que nada conseguirás sin mi ayuda.

—¿Quién sabe?

—Hace un año que te encuentras aquí. ¿Qué has hecho? ¿Qué has adelantado? Nada, absolutamente nada, María y Andrés son dichosos, y con su dicha insultan tu desgracia y te hacen sufrir. No niego que son generosos, y que si en cualquier apuro acudes á ellos, te socorrerán.



Pepa y Manolo.

Un rugido sordo se escapó del pecho de Braulio.

Pepa desplegó una sonrisa irónica.

—Sin embargo, dijo, á nada quiero obligarte, y si el negocio no te conviene, me iré y el diablo me protegerá.

El sacristan se pasó las manos por la frente, que sentía abrasada.

Con desiguales pasos recorrió el aposento.

Pepa lo siguió con la mirada.

Trascurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos hablase.

Por fin el sacristan se detuvo y dijo:

—Tú necesitas dinero y yo soy pobre.

—Pero tienes medios de ser rico.

—No te comprendo.

—Me explicaré si te decides á aceptar mis proposiciones.

—¿Qué me ofreces?

—María es madre.

—¿Sí?

—Una madre hace lo que no haría jamás la mujer.

—Comprendo.

—Por la vida de su hijo.....

—¡Oh!

—¿No te habia ocurrido esa idea?

—Sí; pero realizarla.....

—Es lo mas fácil del mundo cuando se cuenta con una mujer como yo y con un hombre como Manolo.

—Andrés y María te conocen demasiado bien.

—Lo cual no importa, porque no he de ir á entenderme con ellos.

—Mi situacion es muy delicada.

—No se me oculta.

—Entonces.....
 —Tú seguirás siendo el honrado sacristán de la aldea, y no te comprometerás en nada directa ni indirectamente; de manera, que si el negocio se desgracia, nadie podrá acusarte.

—Siendo así.....
 —¿Aceptas?

—Pero tú necesitas dinero.

—Y esta misma noche lo tendré, y antes de ocho días, tú empezarás á ver realizada tu venganza.

Braulio miró á Pepa como si dudase ó desconfiase.

—No puedo engañarte, añadió ella, porque mi persona te servirá de garantía, y al menor motivo de queja, me entregarás á la justicia, que te agradecerá mucho este servicio.

—No lo dudo.

Reflexionó Braulio.

Habia empezado á desaturdirse, y otra vez contaba ya con su astucia.

—Acepto en principio lo que me propones, dijo; en cuanto á los detalles, muchos de ellos dependen de las circunstancias, pero lo principal es el objeto, el resultado que hemos de conseguir.

—Os apoderareis del hijo de María.

—Y ella entonces cederá, porque una madre no repara en sacrificios.

—Y luego Andrés.....

—Morirá.

—¡Oh!..... Mi venganza, mi venganza!

—Ahora toma esa luz y acompáñame.

—¿A dónde quieres ir?

—A la iglesia para rezar, respondió Pepa con sarcástico tono.

Braulio, á pesar de toda su astucia, no adivinó lo que la jóven se proponía.

Ella prosiguió diciendo:

—Tú tienes las llaves de la sacristía y de la iglesia; viendo estoy la prueba de que no me equivoco.

Y al decir esto Pepa, levantóse y cogió un manojo de llaves que habia colgado.

—¿Pero qué quieres hacer ahora en la iglesia?

—Ya te lo he dicho, rezar.

—Pepa.....

—Acabemos.

Braulio tomó la luz, y obedeció maquinalmente.

Volviéron al pasillo y lo atravesaron.

El sacristán abrió una puerta.

Entraron en la sacristía.

La jóven se acercó á los armarios y cajones donde se guardaban las ropas y algunas alhajas, y los contempló detenidamente, preguntando á Braulio si tenia las llaves para abrirlos.

—Las guarda el señor cura porque ahí se encierran objetos de gran valor.

—Entremos en la iglesia.

Braulio empezaba á comprender y tembló; pero obedeció silenciosamente.

La jóven reconoció el templo.

Su mirada lo inspeccionaba todo rápidamente.

A los pocos minutos desplegó una sonrisa de satisfacción, y dijo:

—Está bien..... Volvamos á tu aposento.

Hiciéronlo así.

—¿Quieres explicarte ahora? preguntó el sacristán.

—Lo haré; pero antes es preciso que me contestes unas

preguntas, y despues podrás dirigirme cuantas observaciones te parezcan bien.

—Ya escuchò.

—¿Qué sucede cuando á media noche agoniza uno de los vecinos de la poblacion?

—Vienen á buscar los sacramentos.

—¿Y qué hacen?

—Lllaman á la puerta donde tú has llamado.....

—Y tú te levantas y abres sin adoptar ninguna precaucion, porque así es costumbre hacerlo.

—Ciertamente.

—Supon que esta noche, en vez de presentarme yo, te se hubiesen presentado cuatro hombres, cayendo sobre tí, sujetándote y tapándote la boca.....

—¡Pepa, Pepa!.....

—Los cuatro hombres, sin que nadie se lo estorbase, habrian podido tomar las llaves, entrar en la sacristía y en la iglesia, romper cerraduras.....

—¡Eso no, eso no! exclamó con espanto el sacristan.

—Cuando amaneciese, repuso con calma Pepa, te encontrarían atado y medio ahogado; tú referirías lo que habia sucedido; acudiría la justicia; se tomarían declaraciones, se escribiría mucho y la guardia civil y la policia se pondrían en movimiento.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la frente del sacristan.

—¡Pobre Braulio! murmuró la jóven.

—Basta, Pepa, basta.....

—Tú nada arriesgarías.

—Os llevaríais las alhajas, os reiríais de mí.....

Ocúltame donde quieras, me tendrás encerrada y en esto consistirá la garantía que responde de mi lealtad.

Todo lo que sorprende aturde; y por segunda vez Braulio se sintió aturdido.

Pepa añadió con su terrible calma:

—Lo que ha de producirnos este negocio no es bastante; pero le exigiremos á María algo mas de lo que tú deseas.

—Imposible, imposible.

—¿Y por qué?

—No lo sé, pero es demasiado.

—Te convenceré de que todo se hace con mucha facilidad.

—No, no.



—¿Quieres renunciar á tu venganza? ¿Quieres vor siempre á María en brazos de Andrés? ¿Prefieres dejarlos en paz para que en tus apuros te den una limosna como á un mendigo?

—¡Oh!.....

Braulio, con los ojos chispeantes y las manos crispadas, acercóse á Pepa, la asió por los brazos, la sacudió rudamente y gritó con voz ronca.

—Calla, calla..... Me haces sufrir horribilmente.

El miserable no mentía, porque era inconcebible su sufrimiento al oír hablar de la dicha de Andrés.

Un vértigo espantoso lo trastornaba.

Era terrible la expresion de su semblante.

En el interior de su pecho resonaba un rugido sordo como el del leon en el fondo de una caverna.

Ya no era posible que vacilara.

Habian despertado en su alma todas sus malas pasiones.

El fuego de su odio habíase encendido mas y mas con las palabras de Pepa.

Esta se puso en pié y tomó su abrigo.

—Decide, dijo.

—Espera.....

—Los minutos son preciosos.

—Necesito reflexionar.

—Si eres cobarde.....

—No.

—Pues entonces.....

—Te mataré, Pepa, te mataré si me engañas, no lo dudes.

—Ahora no lo dudo, porque las circunstancias son distintas de las de otro tiempo.

—Estoy decidido.

—Pues serás dueño de la belleza de María, yo tendré dinero y gozaré.

—¡Dueño de María!

—Pronto lo verás.

—Pues principiemos nuestra obra.

—Acompáñame hasta la puerta.

—¿Con la luz?

—No.

Salieron.

Braulio abrió la puertecilla que daba á la calle.

Pepa silbó.

Pocos momentos despues apareció un hombre.